

Política y economía en la América Latina de hoy.

Pensar su relación a la luz de las ideas de Ignacio Ellacuría

CARMEN ELENA VILLACORTA

Revista Realidad 142, 2014

I. Democracia y dependencia. Un debate inacabado

Carlos Franco (1939-2011), sociólogo peruano, reflexionó ampliamente sobre el concepto de democracia que se convirtió en hegemónico en América Latina durante las décadas de 1980 y 1990. En su análisis afirma que las élites políticas de la región adoptaron acriticamente el formato europeo-occidental de democracia, entendida como régimen y circunscrita a la observación de actores, reglas e instituciones. Franco sintetiza ésta noción de democracia en la consigna “reglas conocidas y resultados inciertos”¹. Cuestiona la pretensión de trasplantar un régimen producto de particulares rasgos históricos, propios de Europa, a una realidad estructuralmente

distinta, como lo es la realidad latinoamericana. Frente a esta concepción politicista, formalista y restrictiva de democracia, entendida como un “sistema de reglas”, el autor reivindica dos aspectos de la misma, definiéndola como un “sistema de reglas político-culturales” y, al mismo tiempo, un “sistema productor de decisiones económico-sociales”².

La visión de Carlos Franco contradice la afirmación del politólogo estadounidense Samuel Huntington, según la cual “la democracia no significa que se resolverán todos los problemas; significa que los gobernantes pueden ser cambiados [...] Las democracias

se consolidan cuando el pueblo aprende que la democracia es la solución al problema de la tiranía, pero no necesariamente a todo lo demás³. Franco no alude a Huntington, pero sí a la miopía producida por esta idea, arraigada en las élites políticas latinoamericanas desde inicios de los años ochenta, que impidió atender al vínculo que necesariamente une a la toma de decisiones gubernamentales —decisiones fundamentalmente socioeconómicas— y a los resultados electorales. En pocas palabras, la ciudadanía confiará en quienes considere aptos para absorber sus demandas y ofrecer respuesta a sus necesidades.

A juicio de Franco, tal cortedad de miras obedeció a la ausencia de un repertorio de respuestas políticas ante los desafíos que la década de 1980 planteó a América Latina, a saber: “«producir progresiva y democráticamente» un nuevo patrón de acumulación y reconversión de la estructura productiva, una distinta pauta de intercambios en el exterior, vigorosas reformas de los Estados nacionales y de sus relaciones con sus sociedades civiles y diferentes modalidades, menos desigualitarias, de integración social”⁴. De acuerdo con Franco, en nuestra región las decisiones políticas concernientes a los patrones de acumulación y al intercambio con el exterior se adoptaron, en general, por regímenes autoritarios y/o oligárquicos,

durante los siglos XIX y XX. Los desafíos planteados por la nueva realidad mundial de fines del siglo pasado encontró, pues, desprovistas a las élites locales de respuestas adecuadas a las especificidades de cada realidad nacional.

El autor detecta también otra continuidad entre la gestión político-económica decimonónica y la década de 1980 y es la ambigüedad de las grandes potencias hacia la construcción de la democracia en Latinoamérica. Si en el siglo XIX esta ambigüedad se presentó en relación con la formación de nuestros incompletos, desiguales y particulares Estados nacionales, a fines del siglo XX la misma actitud se observa ante el reto latinoamericano de remontar el fracaso en la construcción de la democracia en la década de 1960 y emprenderla en los años ochenta. En este caso, la ambigüedad vino dada por el hecho de que el nuevo patrón de dependencia de los países periféricos respecto de los centrales exigió el debilitamiento del Estado nación y el traspaso de las funciones estatales a las multinacionales, a la vez que la consolidación de la democracia requería que el Estado asumiera su doble función de “sistema de reglas político-culturales” y “sistema productor de decisiones económico-sociales”.

La obra en la que Franco sistematiza y se explaya en el tratamiento de estas cuestiones

es *Acerca del modo de pensar la democracia*⁵. No nos detendremos en su abordaje, pero recuperaremos de allí el llamado de atención respecto de lo que el autor denomina el abandono del paradigma histórico-estructural propio de los ochentas y noventas, responsable de deshistorizar el formato “demoliberal” y pretender aplicarlo como una caja de herramientas a realidades cualitativamente distintas. El autor ofrece abundantes evidencias respecto de la inviabilidad de la universalización de la democracia entendida como régimen o “sistema de reglas”. Una de las más importantes de ellas es la configuración antidemocrática del concierto de naciones en el capitalismo.

¿Por qué recuperar las ideas del sociólogo peruano hoy? ¿No es esta una discusión propia del “boom” de la transitología o teorías de la transición a la democracia? Es indudable que el arribo al poder de gobiernos progresistas en América Latina por la vía electoral ha modificado el escenario político de la región y ha supuesto el replanteamiento de los desafíos enumerados por Carlos Franco en su análisis de los años ochenta. Si tal análisis aludía a las medidas de ajuste estructural propias del proyecto neoliberal en sus inicios, ahora se observan movimientos de ciertos países de la región hacia direcciones posneoliberales. Podría decirse que los hechos le dieron la razón a Franco cuando recordó el vínculo entre

resultados electorales y decisiones socioeconómicas, toda vez que el fracaso de la promesa neoliberal incidió en la posibilidad del giro a la izquierda que caracteriza a los gobiernos de la América Latina del siglo XXI.

Con todo y los matices que los gobiernos progresistas le han imprimido a las realidades socioeconómicas de la región por medio de proyectos desarrollistas, estatistas y asistencialistas, las estructuras que configuran la realidad de nuestro subcontinente no se han modificado sustancialmente. Pese a sus fracasos y sus crisis, o precisamente debido a ellas, la vigencia del capitalismo nos continúa exigiendo a los países subdesarrollados una vinculación dependiente de los países centrales. El patrón centro-periferia continúa en pie. Así lo muestra el hecho de que continúen siendo materias primas como el petróleo, el gas natural, el zinc y el cobre, y alimentos como la soja, el café, el plátano y el azúcar los principales productos de exportación de nuestras economías, mientras que los productos manufacturados continúan siendo el primer renglón de nuestras importaciones⁶. El reciente informe *Perspectivas económicas de América Latina 2014*, publicado por OCDE, Banco de Desarrollo de América Latina (CAF) y CEPAL, marca la importancia de que la región diversifique su producción, avance hacia la industrialización, mejore su infraestructura y tome

medidas en pro de superar la brecha tecnológica⁷. Prácticamente las mismas medidas que

caracterizaron al discurso cepalino de mediados del siglo XX.

2. Ellacuría y el retorno al enfoque histórico-estructural

De ahí la necesidad de volver a los señalamientos de Carlos Franco y a su reclamo de recuperar críticamente los enfoques histórico-estructurales para el análisis de la América Latina actual. Uno de esos enfoques proviene del pensamiento de Ignacio Ellacuría. ¿Cómo pueden las ideas de Ellacuría iluminar la reflexión en torno del vínculo entre política y economía? Es la pregunta a la que intenta responder el presente trabajo. Si bien estas líneas están atravesadas por un espíritu latinoamericanista, es la de El Salvador la realidad que interpela de modo privilegiado la inquietud planteada. Y es que la realidad salvadoreña, en todo su dramatismo e intensidad, da cuenta con notable nitidez de la inadecuación de las teorías económicas y políticas dominantes en décadas recientes, caracterizadas por exacerbar la presunta autonomía entre ambos campos.

En El Salvador de posguerra, en una de las coyunturas más decisivas del país, que exigía la plena coordinación de esfuerzos para lograr una combinación exitosa entre reconciliación y desarrollo, lo que se puso en práctica fue la separación ideológica entre lo económico y lo político, en aras de justificar el

nuevo patrón de acumulación y su consiguiente cuota de brutal marginación. Tal operación fue posible, entre otras razones, porque dicha separación se había instalado en el imaginario sociopolítico y teórico, tanto de Centroamérica, como de América Latina en su conjunto. Ellacuría no llegó a ver estos desenlaces. Absorto como estuvo en su preocupación por el fin negociado del conflicto armado a lo largo de los años ochenta, no se detuvo en el análisis de la avanzada neoliberal que ya hacía sentir sus pasos en los países del Cono Sur. Tampoco alcanzó a analizar la naturaleza de la democracia que los Acuerdos de Paz habilitarían, aunque durante el gobierno del Partido Demócrata Cristiano (PDC) en El Salvador acuñó el concepto de “democracia de fachada” para denominar a un juego electoral que no repercutía en la mejoría de la calidad de vida de las mayorías populares.

Hoy, cuando la realidad de El Salvador y del subcontinente pone de manifiesto las falencias propias de la democracia neoliberal, sin que en el ámbito de la teoría hayamos logrado trascender el politicismo instaurado por el enfoque transitológico y sin que en el terreno de la praxis hayamos

podido vencer las inercias instaladas por varias décadas de neoliberalismo, la filosofía de la realidad histórica de Ellacuría nos ofrece una vía para recuperar el enfoque histórico-estructural, sin caer en el mecanicismo economicista propio del marxismo ortodoxo, pero superando la extrema atomización y el relativismo que imposibilitan la observación holística, orgánica y sistémica de lo real. Que habitamos el continente más desigual del mundo, con el agravante de los intolerables niveles de violencia que viven países como El Salvador, son hechos que las posiciones “discursivistas” (referidas exclusivamente al lenguaje), politicistas y neoliberales en boga insisten en matizar u omitir, cuando de lo que se trata es de “hacernos cargo” de ellos en toda su complejidad y radicalidad.

Ellacuría concibe la realidad como una unidad estructuralmente dinámica y abierta. La realidad histórica es el resultado del dinamismo que posibilita el surgimiento de nuevos estadios de realidad, a partir del estado de cosas previo. Así, la realidad material dio lugar a la realidad biológica, la realidad biológica dio lugar al ser humano, la realidad humana dio lugar a la realidad social y la realidad social dio lugar a la realidad histórica. Se trata de un proceso abierto, inacabado, en el que la realidad va complejizándose paulatinamente, sin perder sus componentes iniciales, sino conservándolos,

transformándolos y llevándolos a constituir nuevos sistemas de posibilidades. Es la realidad histórica el lugar de mayor condensación de lo real, en donde el proceso estructural, dinámico y abierto de la realidad ha alcanzado su mayor nivel de complejidad y plenitud. Ello no significa que se trate de un hecho consumado, acabado, cerrado. Al contrario, la realidad es un hacerse constante, es un transformarse a sí misma, desde las posibilidades reales con las que cuenta. La realidad histórica es todo lo que la realidad ha podido llegar a ser y es, al mismo tiempo, todo lo que puede llegar a ser en el futuro.

Ellacuría insiste en el carácter complejo, sistémico y dinámico de la realidad. Lo real está compuesto por subsistemas relativamente autónomos, con sus propias notas constitutivas y sus propios dinamismos. En su continuo devenir, esos subsistemas posibilitan el desarrollo de nuevos subsistemas en un proceso de creciente complejización en el que los subsistemas se coodeterminan y establecen relaciones de mutua imbricación. La naturaleza y la historia son realidades relativamente autónomas, regidas cada cual por sus propias leyes y constituidas por elementos particulares. Naturaleza e historia no son equivalentes, son distintas. Sin embargo, no puede haber historia sin naturaleza. La realidad humana, social e histórica es también, aunque no solo, biológica, química y física. La

biología, la química y la física son notas constitutivas de lo humano, notas que han dado de sí una realidad cualitativamente distinta: la realidad humana. El cambio cualitativo viene dado por el hecho de que se agregan notas nuevas que, junto con las anteriores, constituyen la nueva realidad.

En la organicidad propia de la concepción ellacuriana de realidad encontramos una filosofía no dualista, sino unicista, integradora, capaz de fundamentar una idea de totalidad que no consiste en la suma positivista de hechos o elementos, sino que explica la interconexión en la que se encuentra todo lo real, tal como, desde el punto de vista de la materia, lo ha constatado la física cuántica. Ellacuría es cuidadoso respecto de que tal unicidad o totalidad no avasalle a las partes. Establece jerarquías, sin olvidar que una estructura, para ser tal, necesita de cada uno de sus componentes. Ve en la realidad histórica el objeto de la filosofía, porque es ese el lugar más pletórico de realidad, en el que la realidad ha desplegado con mayor holgura sus potencialidades. Asimismo, ve en las esferas social y económica el objeto de la filosofía de la liberación, porque es en esos ámbitos en donde se toman las decisiones que definirán la calidad de vida de las comunidades humanas.

Sirva esta apretada síntesis para interpretar la recuperación que

de Marx hace nuestro autor: “El marxismo, al describir los elementos estructurales de la historia, gusta de la triple división clásica: lo económico, lo institucional y lo ideológico. Entendidos estos tres ámbitos correctamente, engloban lo que de más real y propio tiene la historia. Con todo, no conviene dejar de lado ni el elemento natural, ni el elemento personal. Son, si se quiere, dos elementos de diversa índole que los otros tres [...] Pero no conviene olvidarlos al hablar de las fuerzas de la historia”⁸. Ellacuría retoma el marxismo y lo pondera como la teoría que más se aproximó a la comprensión de la realidad histórica como objeto por excelencia de la filosofía. Pero advierte contra las lecturas exageradamente estructuralistas, que niegan la agencia de la persona, tanto como contra la idealización propia de las filosofías que olvidan el sustrato material de lo real. Ni materialismo, ni idealismo, ni personalismo, ni estructuralismo, la filosofía de la realidad histórica evidencia la interacción constante de las diversas fuerzas que en su devenir, imbricación e intercambio generan la historia.

Siete ámbitos constituyen el “elenco de las fuerzas históricas”, de las principales fuerzas que operan como motores de la historia: *i)* las fuerzas naturales; *ii)* las fuerzas biológicas; *iii)* las fuerzas psíquicas (referidas a las cualidades psíquicas de los individuos); *iv)*

las fuerzas sociales y, dentro de ellas, las fuerzas económicas; v) las fuerzas culturales; vi) las fuerzas políticas; y vii) las fuerzas personales (relativas a la voluntad de los sujetos)⁹. Cada uno de éstos ámbitos posee sus particularidades, funciona de acuerdo con sus propias leyes y es irreductible a los demás, pero todos tienen algo en común: “mueven la historia, la impulsan”. La constituyen y la impulsan. La historia no sería lo que es si no estuviese constituida por estas fuerzas, de ahí la importancia de cada una de ellas.

Pero las fuerzas de la historia pueden serlo en virtud de la relación que guardan entre sí. “Las cosas reales están todas ellas «en función de» las demás, donde este «en función de» debe entenderse en

un sentido físico. Precisamente, esta funcionalidad de lo real en tanto que real es lo que debe entenderse estrictamente por causalidad [...] Las realidades históricas están en función unas de las otras [...] Esta consideración de la funcionalidad trascendental no permite la mera yuxtaposición de fenómenos, sino que exige su intrínseca articulación dinámica”¹⁰. Las fuerzas sociales, económicas y políticas, tanto como las demás fuerzas, están vertidas sobre la realidad, son “en función de” las demás realidades, pueden ser lo que son gracias a su relación con otras fuerzas. La autonomía que le compete a cada ámbito debe ser respetada, sin olvidar que se trata de una autonomía relativa, porque ese ámbito, sea político o económico, lo es respecto de los demás.

3. Praxis y apropiación de posibilidades

Entendidas la esfera política y económica como partes del conjunto de fuerzas que dinamizan la historia y constituyen la unidad estructural de la realidad histórica estamos en condiciones de abordar dos conceptos fundamentales en el pensamiento ellacuriano: “praxis” y “apropiación de posibilidades”. Como resultado del dinamismo estructural al que hemos aludido, la historia no es azarosa, ni arbitraria. Es producto de las acciones ejecutadas por los seres humanos. Tales acciones, llevadas a cabo por individuos y sociedades, constituyen

sistemas de posibilidades que operan como el substrato a partir del cual las nuevas generaciones humanas podrán construir nuevos sistemas. Así como la naturaleza va dando de sí y desarrollándose, respondiendo a un determinado orden, así también la actividad del ser humano en el mundo se encuentra condicionada por las decisiones tomadas por sus predecesores. Si en la naturaleza predominan ciertas leyes físicas, químicas y biológicas, en la historia las decisiones de las personas y de los cuerpos sociales van configurando

sistemas de posibilidades. El devenir histórico consiste en la apropiación de esos sistemas y capacidades, para la generación de nuevas posibilidades y, a su vez, la obturación de otras. Así se va trazando el cauce por el cual va transcurriendo el devenir histórico.

Para Ellacuría, la historia es el resultado de la praxis humana ejercida sobre la naturaleza y sobre la sociedad. El camino de

la historia no está prefigurado, no hay un *telos* dado al cual necesariamente hemos de arribar, como lo pretendían en el siglo XIX Hegel y Marx. La historia es lo que los seres humanos hacemos de ella, apropiándonos de posibilidades y capacidades heredadas y tomando decisiones respecto de esas tradiciones o legados. La historia es, a decir de Héctor Samour, *proceso de capacitación*. Y en palabras del propio Ellacuría:

La realización de una u otras posibilidades en la vida biográfica y en la vida social pende, en gran parte, del proyecto que se constituye con las posibilidades ofrecidas en cada caso; y la estructura misma del proyecto pende radicalmente de la altura en que se halle el proceso de posibilitación y capacitación [...] Pero lo dramático de este proceso es que el hombre pende en cada caso de las «posibilidades» con que cuenta. Y estas posibilidades pueden ser monopolizadas y pueden ser manejadas [...] La historia es realización radical, es hacer un poder y no un mero hacer; pero ese poder si depende de estructuras morfológicas, depende sobre todo de las capacidades que en ese momento sean posibles. La cuasi-creación en que consiste la historia es así el triunfo y la tragedia del hombre¹¹.

La historia no es ni puede ser resultado de la mera voluntad, sino que se va construyendo sobre la base de los sistemas de posibilidades que los propios seres humanos vamos generando por medio de nuestra praxis. Cabe anotar que, para Ellacuría, la teoría es un momento más de la praxis y no algo extrínseco a ella. Todo discurso, ciencia y teoría forma parte de los sistemas de posibilidades con los que contamos. Ahora

bien, la fundamentalidad de la praxis y de los sistemas de posibilidades no significa la renuncia a la agencia individual, ni social. Al contrario, implica la reivindicación de la libertad humana, la afirmación del poder decisorio y ejecutivo de los individuos y de las colectividades. Son nuestras acciones, y no ninguna fuerza natural ni trascendental, las que producen la historia. Esto debería impulsarnos a “hacernos cargo de ella”, con

la conciencia de que nada está garantizado. Ni la liberación ni la opresión son fines establecidos. Se darán en la medida en que nuestra praxis los favorezca u obstruya. “La historia está completamente abierta al mundo. No tiene ningún empeño especial en mantener las estructuras, de las cuales vive justamente en un presente; podrá en un futuro cambiarlas, podrá arrojarlas por la ventana, pero ello será siempre operando sobre las posibilidades que ha recibido”¹².

No es este el lugar para un abordaje exhaustivo de las ideas filosóficas, políticas y económicas de Ignacio Ellacuría. Tampoco para el tratamiento detallado de los ámbitos político y económico en sus especificidades y contornos, tarea que compete a la ciencia política, la ciencia económica y la sociología. Lo que se ha intentado es mostrar que la filosofía de la historia ellacuriana es una sugerente vía de recuperación de los enfoques histórico-estructurales que continúan siendo necesarios para la comprensión y la transformación de la injusta realidad latinoamericana y salvadoreña. Los años ochenta, noventa y primeros dos mil pusieron de manifiesto —de modo muy patente en El Salvador— que la separación interesada e ideologizada entre economía y política sirvió para legitimar la profundización de la desigualdad y la marginalización de amplios sectores poblacionales.

El giro a la izquierda que ha supuesto el arribo al poder de gobiernos progresistas de diverso signo en nuestra región abrió la posibilidad de revertir tales consecuencias nefastas y ensanchar el concepto de democracia hacia la esfera socioeconómica, sin limitarla rígidamente al campo político. No obstante, la capacidad decisoria de esos gobiernos topa con los límites impuestos por las reglas neoliberales que aún rigen el intercambio comercial a nivel global y por el capitalismo como sistema de dominación aún vigente.

Que la realidad histórica es una unidad estructural y abierta es una buena noticia para quienes seguimos creyendo que el capitalismo y la democracia liberal no constituyen el fin de la historia. Ciertamente, son estructuras y sistemas de posibilidades que determinan de manera particular a nuestras sociedades. Pero no son irreversibles. Son lo dado y llevan en su seno su propia negación. La praxis de numerosos movimientos sociales, estudiantiles e intelectuales está evidenciando, diariamente, que no estamos condenados a padecer la pobreza, la violencia, la exclusión y la dependencia para siempre. Que con espíritu de lucha, con voluntad política y con un buen arsenal teórico que oriente una praxis liberadora sistemática, podemos reconducir la marcha de la historia en una dirección más humana y dignificante para la mayoría.

Referencias Bibliográficas

- ☞ Ellacuría, Ignacio, "Universidad, derechos humanos y mayorías populares", *Revista ECA*, No 406, agosto de 1982, UCA Editores, San Salvador. Disponible en: <http://uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/Universidad,%20derechos%20humanos%20y%20mayorias%20populares.pdf>
- ☞ Ellacuría, Ignacio, *Filosofía de la realidad histórica*, UCA Editores, San Salvador, 1990 (impresión de 2007), pp. 566, 567.
- ☞ Ellacuría, Ignacio, *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*, Tomos I, II y III, UCA Editores, San Salvador, 1991.
- ☞ Ellacuría, Ignacio, *Escritos Filosóficos*, Tomo III, UCA Editores, San Salvador, 2001.
- ☞ Franco, Carlos, "Visión de la democracia y crisis del régimen", *Revista Nueva Sociedad*, No 128, Noviembre-Diciembre 1993, pp. 50-61. Disponible en: <http://biblioteca.ues.edu.sv/revistas/10701652N128-7.pdf>
- ☞ Franco, Carlos, *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*, Friedrich Ebert Stiftung (FES), Lima, 1998.
- ☞ Infobae, "Alimentos y petróleo, las principales exportaciones de toda América", lunes 19 de mayo de 2014, Buenos Aires, <http://www.infobae.com/2014/05/19/1565715-alimentos-y-petroleo-las-principales-exportaciones-toda-america>.
- ☞ Kouzmine, Valentine, *América Latina: las exportaciones de productos básicos durante los años noventa*, CEPAL/ECLAC, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2001, <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/7/9017/lcl1634e.pdf>
- ☞ OCDE/CEPAL/CAF, *Perspectivas económicas de América Latina 2014. Logística y competitividad para el desarrollo*, 2013. Disponible en: http://www.sela.org/attach/258/EDOCS/SRed/2014/03/T023600005752-0-Perspectivas_economicas_de_AL_-_2014.pdf
- ☞ Rovira Mas, Jorge, "Consolidación de la democracia". Disponible en: http://www.iidh.ed.cr/comunidades/redelectoral/docs/red_diccionario/consolidacion%20de%20la%20democracia.htm
- ☞ Samour, Héctor, *Voluntad de liberación. El pensamiento filosófico de Ignacio Ellacuría*, UCA Editores, San Salvador, 2006, p. 209.
- ☞ Villacorta Zuluaga, Carmen Elena, *Democracia electoral y neoliberalismo en El Salvador. La transición política salvadoreña entre 1979 y 2009*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, 2010.

Notas

- 1 Franco, Carlos, “Visión de la democracia y crisis del régimen”, *Revista Nueva Sociedad*, No 128, Noviembre-Diciembre 1993, pp. 50-61. Disponible en: <http://biblioteca.ues.edu.sv/revistas/10701652N128-7.pdf>
- 2 *Ibid.*
- 3 Huntington citado en Rovira Mas, Jorge, “Consolidación de la democracia”. Disponible en: http://www.iidh.ed.cr/comunidades/redelectoral/docs/red_diccionario/consolidacion%20de%20la%20democracia.htm
- 4 Franco, Carlos, *op. cit.*
- 5 Franco, Carlos, *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*, Friedrich Ebert Stiftung (FES), Lima, 1998.
- 6 Un cuadro esquemático al respecto puede verse en: “Alimentos y petróleo, las principales exportaciones de toda América”, *Infobae*, lunes 19 de mayo de 2014, Buenos Aires, <http://www.infobae.com/2014/05/19/1565715-alimentos-y-petroleo-las-principales-exportaciones-toda-america>. Para un estudio más detallado: Kouzmine, Valentine, *América Latina: las exportaciones de productos básicos durante los años noventa*, CEPAL/ECLAC, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2001, <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/7/9017/lcl1634e.pdf>
- 7 OCDE/CEPAL/CAF, *Perspectivas económicas de América Latina 2014. Logística y competitividad para el desarrollo*, 2013. Disponible en: http://www.sela.org/attach/258/EDOCS/SRed/2014/03/T023600005752-0-Perspectivas_economicas_de_AL_-_2014.pdf
- 8 Ellacuría, Ignacio, *Filosofía de la realidad histórica*, UCA Editores, San Salvador, 1990 (impresión de 2007), pp. 566, 567.
- 9 *Ibid.*, pp. 568-574.
- 10 *Ibid.*, pp. 587, 588.
- 11 Ellacuría citado en Samour, Héctor, *Voluntad de liberación. El pensamiento filosófico de Ignacio Ellacuría*, UCA Editores, San Salvador, 2006, p. 209.
- 12 Ellacuría citado en Samour, *Ibid.*, p. 162.